

cosa. Por lo que respecta á los hombres, la mayor parte dormitaban tendidos en el suelo: otros danzaban según la costumbre de los negros, en medio de un círculo de espectadores, haciendo toda suerte de visajes y contorsiones: habíalos también que esgrimían con las gumás, del propio modo



Un esclavo del Sultán

que los que había contemplado en Tánger, saltando y contoneándose como funámbulos. Los oficiales, muchos de los cuales eran renegados, y se distinguían de los demás en que fumaban sus pipas y en cierto no sé qué de atildado en el vestir, paseaban en un sitio apartado, y cuando me encontraba con ellos, evitaban mis miradas. Al otro lado del puente, en un lugar apartado, había unos veinte hombres envueltos

en capas blancas, tendidos en el suelo uno al lado de otro, permaneciendo inmóviles como estatuas. Acerquéme á ellos y ví que tenían los brazos y las piernas sujetos por medio de recias cadenas. Eran condenados por delitos comunes que



Un esclavo del ministro de la Guerra

el ejército lleva consigo doquiera que va, con el objeto de exponerlos á la vergüenza. Al sentirme cerca se volvieron y clavaron en mí sus miradas de tal suerte, que retrocedí.

Salíme de entre los soldados y fuíme á descansar á la sombra de una palmera que crecía en un ribazo, desde el cual se dominaba toda la llanura.

Pocos minutos hacía que me encontraba en aquel sitio, cuando ví que se separaba de uno de los corros un oficial, que con paso indiferente, mirando distraído á uno y otro lado, cual si tratara de evitar que en él se fijase la atención, iba acercándose hacia aquel sitio.

Era un hombre de pequeña estatura, robusto, vestido casi á lo zuavo, con fez y sin armas. Tendría como cuarenta años.

Cuando estuvo cerca de mí, experimenté una impresión de temor. En mi vida he visto sentado en el banquillo de los acusados ante un tribunal de justicia, una cara más pérfida y repugnante. Habría jurado que pesaban sobre su conciencia, lo menos diez homicidios con circunstancias agravantes.

Detúvose á dos pasos de mí, clavóme su fría y penetrante mirada y me dijo fríamente:

—*Bonjour, monsieur.*

Preguntéle si era francés.

—Sí, — me contestó, — procedo de Argel. Hace siete años que estoy aquí, y soy capitán en el ejército de Marruecos.

Como no podía felicitarle, mantúveme silencioso.

—*C'est comme ça,* — continuó con aire insolente. — Fuíme de Argel, porque no podía vivir allí. *J'étais obligé de vivre dans un cercle trop étroit* (quizás aludía al grillete). La vida europea no cuadra con mis inclinaciones. Sentía necesidad de ver mundo y me vine.

—¿Y ahora estáis contento?

—Contentísimo, — respondió afectadamente. — El país es hermoso; Muley el Hassen el mejor de los sultanes; el pueblo es bueno; soy capitán; tengo una tiendecilla; ejerzo una pequeña industria; me entrego á la diversión de la caza; pesco á veces; hago excursiones á las montañas; disfruto la más com-

pleta libertad. Francamente, no volvería á Europa por todo el oro del mundo.

—¿No sentís deseos por lo menos de ver otra vez vuestro país? ¿Habéis realmente olvidado la Francia?

—¿Qué me importa á mí de Francia? Para mí como si no existiera. Mi patria es Marruecos.

Y se encogió de hombros.

Aquel cinismo me daba asco: apenas podía creer en su sinceridad: quise averiguar si era ó no real y le pregunté:

—¿Después que habéis dejado la Argelia, no habéis tenido noticia alguna de los acontecimientos de Europa?

—*Pas un mot,* — contestó. — Aquí no se sabe nada, absolutamente nada, y estoy por ello contentísimo.

—De manera que ignoráis que ha tenido lugar una guerra tremenda entre Francia y Prusia.

—*Qui a vaincu?* — preguntó con cierta ansiedad mirándome fijamente.

—La Prusia, — contesté.

Pareció sorprenderse.

En breves palabras le dí cuenta de los grandes desastres de Francia; la invasión, la toma de París, la pérdida de dos de sus provincias.

Escuchóme atentamente con la cabeza inclinada y frunciendo el entrecejo: después se reincorporó, y haciendo un esfuerzo dijo:

—*C'est égal... je n'ai plus de patrie... ça ne me regarde pas...*

Y bajó de nuevo la cabeza.

Yo le observaba; notólo, y me dijo repentinamente con voz alterada:

—*Adieu, monsieur;* — marchándose con lento paso.

— ¡No ha muerto todo aún! — pensé, y sentí por ello verdadera satisfacción.

Entretanto los artilleros habían terminado su ejercicio de tirar al blanco: el Sultán había penetrado en una tienda ó pabellón, situado junto á una de las torres, y sentado en él, comenzaron los soldados á desfilar uno á uno delante de él, sin armas y á distancia de veinte pasos uno de otro. Como ni junto al Sultán, ni á la entrada del pabellón se veía oficial alguno que fuera leyendo los nombres, como se hace entre nosotros, para acreditar la existencia de todos los soldados continuados en las listas, (y se me ha dicho que en el ejército marroquí no existen tales documentos), no pude concebir qué resultado podía tener aquella revista, como no fuera proporcionar una distracción al Sultán, motivo por el cual tentaciones tuve de echarme á reír. Pero un nuevo pensamiento; la consideración de lo que tenía de primitivo y de poético el espectáculo de aquel monarca africano, sumo sacerdote, supremo juez y príncipe absoluto, joven, sencillo, gentil, permaneciendo solo durante tres horas bajo la sombra protectora de una tienda, haciendo desfilar tres veces cada semana ante sus ojos sus soldados uno á uno, y escuchando las quejas y las súplicas de sus súbditos sin ventura, me inspiró un sentimiento de profundísimo respeto. Y puesto que era aquella la postrer vez que mis ojos debían contemplarlo: — ¡Adiós, — le dije desde lo más íntimo del corazón, apartándome de aquellos lugares, — adiós, príncipe agraciado y como pocos noble! — Y cuando su graciosa figura blanca desapareció para siempre de mis miradas, sentí un movimiento interior, como si en aquel supremo instante se grabara para siempre su imagen en mi corazón.

* * *

Nueve de Junio: último día de la permanencia de la embajada italiana en Fez. Han sido atendidas todas las peticiones del embajador: arreglados los asuntos de Ducali y Scellal: hechas las visitas de despedida: arrostrado el último banquete de Sid-Mussa: recibidos del Sultán los regalos de costumbre, consistentes en un magnífico caballo negro, con una enorme silla de terciopelo, galoneada de oro, para el embajador; sables damasquinados y nielados de oro para los miembros oficiales de la embajada, y una mula para el segundo dragomán. Las tiendas y todo el bagaje han salido esta mañana; los aposentos están desocupados y vacíos; las caballerías dispuestas; la escolta nos espera en la puerta del Nicho de la manteca; mis compañeros aguardan, paseando en el patio, la hora señalada para la partida, y yo, sentado por última vez en mi lecho imperial, consigno en mi cuaderno abierto sobre la rodilla, mis últimas impresiones en Fez. ¿En qué consisten? ¿Qué es lo que al cabo ha grabado en lo hondo de mi corazón, el espectáculo de esta ciudad, de esta gente, de semejante estado de cosas? Si pretendo penetrar con el pensamiento en el fondo de las variadas impresiones de la sorpresa y la curiosidad satisfechas, descubro una mezcla confusa de sentimientos distintos, que me dejan el ánimo suspenso. La decadencia, el envilecimiento, la agonía de este pueblo belicoso y caballeresco, que logró dejar una huella tan luminosa en la historia de las ciencias y de las artes, y que al presente no tiene ni siquiera conciencia de su pasada gloria y esplendor, despierta en mi pecho un sentimiento de compasión, y sin embargo, no puedo menos de sentirme gratamente sorprendido y aun